

CON DUMMIES ES MÁS FÁCIL



La Guerra Civil española

para
dummies[®]



Conoce el origen
y las causas de la guerra

Descubre los principales
protagonistas y acontecimientos

Averigua cómo era la vida
lejos del frente

Joseba Louzao

Doctor en Historia Contemporánea



La Guerra Civil española

para
dummies[®]

Joseba Louzao Villar

para
dummies[®]

Edición publicada mediante acuerdo con Wiley Publishing, Inc.
...For Dummies, el señor Dummy y los logos de Wiley Publishing, Inc. son marcas registradas
utilizadas con licencia exclusiva de Wiley Publishing, Inc.

© Joseba Louzao Villar, 2021

© Centro Libros PAF, SLU, 2021
Grupo Planeta
Avda. Diagonal, 662-664
08034 - Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ISBN: 978-84-329-0637-4
Depósito legal: B. 20.409-2020

Primera edición: abril de 2021
Preimpresión: pleka scp
Impresión: Blackprint CPI

Impreso en España - Printed in Spain
www.dummies.es
www.planetadelibros.com

Sumario

Sobre el autor	XV
Agradecimientos	XVII
INTRODUCCIÓN	1
Acerca de este libro	3
Cómo se organiza este libro	4
Parte 1. Cómo se llegó a la guerra (1931-1936)	4
Parte 2. Del golpe fracasado a una larga guerra (julio de 1936-marzo de 1937)	5
Parte 3. La guerra total (marzo de 1937-noviembre de 1938)	5
Parte 4. ¿Cómo acabar una guerra? (noviembre de 1938-primer franquismo)	6
Parte 5. Los decálogos	6
Iconos usados en este libro	6
Algunas precisiones terminológicas	7
Y ahora, ¿por dónde empiezo?	8
PARTE 1. CÓMO SE LLEGÓ A LA GUERRA (1931-1936)	9
CAPÍTULO 1. Una Europa en sombras	11
La (Gran) guerra lo cambió todo	12
De la gran ilusión a una paz inestable	12
Surge la Sociedad de Naciones	13
Un nuevo protagonista en la escena internacional	14
Las masas comenzaron a dominarlo todo	15
El problema de la democracia	16
Una economía a la deriva	17
Irrumpen los fascismos	18
CAPÍTULO 2. La Segunda República: entre el deseo y la realidad (1931-1933)	21
La promesa republicana	22
Por qué cayó la monarquía	22
Una república de ciudadanos	23
La transformación del país	25
Una constitución para el cambio	26
Iglesia y Estado: un conflicto secular	27
La oposición política	28
Problemas republicanos	30
Las primeras dimisiones	30
Las reformas del bienio azañista	31

	Frente al Ejército y a la Iglesia	31
	Gimnasia revolucionaria frente a la República	32
CAPÍTULO 3.	Entre la realidad y el sueño: del bienio conservador al Frente Popular (1934-1936)	35
	Un vuelco electoral	36
	Los perdedores	36
	Los vencedores	37
	La CEDA en el Gobierno	38
	La huelga revolucionaria de 1934	38
	La contrarreforma se afianza	39
	Las elecciones del Frente Popular	40
	Una vuelta al sueño	41
	El regreso en el tiempo	42
	La inestabilidad gubernamental	43
	Una tensa primavera	44
	Los conspiradores se preparan	45
	La explosión de la violencia	46
	No todos los muertos fueron iguales	47
	El fracaso de la República	47
PARTE 2.	DEL GOLPE FRACASADO A UNA LARGA GUERRA (JULIO DE 1936-MARZO DE 1937)	49
CAPÍTULO 4.	Y el golpe fracasó	51
	La historia se acelera	51
	¡Que salgan a la luz!	52
	Aquel que no esté con nosotros, está contra nosotros	53
	¿Quiénes eran los golpistas?	53
	La trama civil	54
	La diversidad de una conspiración	55
	La República responde	58
	Las seis horas de un presidente	58
	Que la bola de nieve comience a rodar	59
CAPÍTULO 5.	España frente a España	61
	Partidos en dos	62
	Sublevados o leales	62
	Esperando a Goded	63
	El presidente Giral	64
	Unas veces se gana y otras se pierde	65
	Madrid también frenó el golpe	65
	Andalucía comienza en Sevilla	66
	Las guerras tienen estas cosas	68
	Los que no volvieron	68

CAPÍTULO 6. Habituarse a la guerra	71
Objetivo: Madrid	72
Los problemas de los africanos	72
Los fascismos salen a la ayuda	73
Madrid en guerra	74
La batalla de Guadarrama	74
Madrid se prepara	75
La Junta de Defensa Nacional	77
Las potencias internacionales y la No Intervención	78
La violencia en la retaguardia	79
La limpieza: paseos y sacas	79
El anticlericalismo, de nuevo	81
La masacre de Badajoz	82
CAPÍTULO 7. La batalla por Madrid	85
La política no se detuvo	86
La caída de Guipúzcoa	86
El Gobierno de Largo Caballero	87
Tenemos un Generalísimo	89
Los cruzados del siglo xx	90
Madrid en el punto de mira	92
¡No pasarán!	93
La quinta columna	95
La batalla del Jarama	97
Guadalajara: el último intento	98
PARTE 3. UNA GUERRA TOTAL (MARZO DE 1937-NOVIEMBRE DE 1938)	101
CAPÍTULO 8. Y llegaron los conflictos internos	103
La importancia de alcanzar la unidad obrera	104
Una alianza obrera	104
La crisis de mayo en Barcelona	105
Stalin en España	108
Resistir es vencer	110
Un nuevo Gobierno	110
Entre comunistas, socialistas y anarcosindicalistas	111
La vanguardia del trabajo	112
Como un ejército	113
La Unificación	113
CAPÍTULO 9. La ofensiva en el norte	117
"Arrasaré Vizcaya hasta los cimientos"	118
Romper el Cinturón de Hierro	118

	Como un caballo entrando en una cacharrería	120
	La ley de la guerra	122
	Una carta a nuestros hermanos	122
	Lo que queda del norte	124
	El último día de la Tierra	124
	Mirando hacia Cantabria y Asturias	126
	El Gobierno republicano se establece en Barcelona	127
	Un movimiento nacional	128
	La construcción de un nuevo régimen	128
	La mujer también viste de azul	130
	El primer Gobierno de Franco	131
CAPÍTULO 10.	De Teruel al Levante	133
	En Teruel, casa por casa	134
	Un arma sorprendente	135
	Una nueva bofetada internacional	137
	La República se rompe en dos	138
	La crisis de la República	139
	Los trece puntos de Negrín	140
	Camino de Valencia	141
	Cómo hacer una tortilla de patatas (sin patatas)	142
	Paz, piedad y perdón	144
	La batalla del Ebro	145
	“Los rojos han cruzado el Ebro”	146
	Vivir en el frente	147
	El puñal de Múnich	148
	La República se retira	150
	Las canciones de una batalla	150
	Jugando a la guerra, sufriendo la guerra	151
PARTE 4.	CÓMO ACABAR UNA GUERRA (NOVIEMBRE DE 1938-PRIMER FRANQUISMO)	153
CAPÍTULO 11.	La balanza se inclina	155
	El principio del fin	155
	Cuando Cataluña se perdió en Motril	156
	Las operaciones en Cataluña	158
	Barcelona ha caído	158
	Una República fragmentada	160
	La guerra ya está perdida	160
	La huida	161
	El abandono internacional	162
CAPÍTULO 12.	El final de la guerra	165
	Una conspiración republicana	166

El Consejo Nacional de Defensa: contra Negrín y los comunistas	166
El enemigo está entre nosotros	168
Cae Madrid, cae la República	170
El punto final: la tragedia de Alicante	172
CAPÍTULO 13. No era la paz, era la victoria	175
Las consecuencias de una guerra	176
No había nada por ninguna parte	176
Los efectos sobre el capital humano	177
Los costes económicos	178
Entre el estraperlo y el racionamiento	179
El exilio	181
Un viaje solo con billete de ida	181
El fusilamiento de Companys	182
La experiencia en Francia	183
Las instituciones republicanas y la polémica del exilio	183
La represión: purgar y sanar	185
Purgar	185
Sanar	188
CAPÍTULO 14. Una Nueva España. La consolidación del franquismo	191
¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!	192
El mito se construye	193
El primer Gobierno de la Nueva España	194
Las crisis no desaparecen	195
Las bases del régimen	196
El Ejército	196
La Iglesia	197
El Movimiento	198
Punto y aparte	199
PARTE 5. LOS DECÁLOGOS	201
CAPÍTULO 15. Diez lugares para visitar	203
CAPÍTULO 16. Diez novelas para una guerra	211
Índice	219

Un vistazo a una Europa convulsa y violenta**La crisis económica y los problemas políticos****Democracias, fascismos y comunismo**

Capítulo 1

Una Europa en sombras

Comenzaremos este recorrido haciendo las maletas. No podemos entender lo que sucedió en la España de la década de 1930 sin darnos un paseo por una Europa marcada a sangre y fuego, como consecuencia directa de ese gran “acelerador de la historia” (en palabras de Lenin) que fue la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra (1914-1918) lo condicionó todo en aquella Europa herida y rota de entreguerras. Hubo un antes y un después de este conflicto global. Pero esto no significa que fuera para mejor. Nunca había muerto tanta gente en tan poco tiempo. Tanto es así que algunos estudiosos se han referido al periodo de entreguerras como el de la “guerra civil europea” o la “segunda guerra de los treinta años”. Europa estaba en llamas y no hubo ningún protagonista o institución que lograra apagar ese fuego.

La (Gran) guerra lo cambió todo

La ciencia y la tecnología habían transformado la guerra para siempre. El uso de armas químicas, la aparición de los blindados o los avances en las operaciones aéreas y submarinas convirtieron las guerras en procesos de liquidación masiva. Se estima que, entre militares y civiles, fallecieron cerca de veinte millones de personas y otros veintiún millones resultaron heridos de distinta gravedad durante la Primera Guerra Mundial. Las cifras alcanzadas en algunos países son aterradoras. Pongamos dos ejemplos significativos: Serbia perdió un poco más del 15 por ciento de su población durante el conflicto y el Imperio otomano se acercó al 14 por ciento. Además, en ambos casos, el número de civiles fallecidos superaron con creces al de los militares.



RECUERDA

Como colofón a la enorme catástrofe humana que supuso la Primera Guerra Mundial, llegó la pandemia del virus de la influenza, conocida popularmente como “la gripe española” por el impacto que tuvo en la capital de España. Desde la primavera de 1918, provocó unos cincuenta millones de muertes. Esta gripe asoló a unas sociedades ya de por sí devastadas que no supieron identificar al responsable de los contagios o cómo se podía diagnosticar la enfermedad. Además, las transformaciones en el transporte posibilitaron que la epidemia se expandiera aceleradamente por el mundo y tuviera un impacto geográfico mayor al que había alcanzado la peste negra en el siglo xiv.

De la gran ilusión a una paz inestable

El final de la Gran Guerra trajo consigo un breve periodo de gran ilusión apadrinado por el presidente norteamericano Woodrow Wilson. Al final, los tratados de paz sirvieron de poco. Los problemas no se habían cerrado y, con estos acuerdos, se convirtieron en conflictos enquistados que, en algunos casos, llegan hasta hoy. En el fondo, las dos décadas siguientes mantuvieron la continuidad de la Gran Guerra en otras contiendas más localizadas geográficamente. Los datos hablan por sí mismos: en los cinco años posteriores, murieron más personas en los conflictos derivados de la Primera Guerra Mundial que el número de bajas del bando aliado durante la contienda. Europa siguió siendo un continente marcado por la violencia y el odio dentro de una dinámica de revoluciones, contrarrevoluciones y guerras civiles que no parecía tener fin.

Los acuerdos pretendían rediseñar las relaciones internacionales y alcanzar esa paz definitiva ansiada por muchos. Henry Lloyd George, primer ministro británico, insinuó que estos pactos supondrían “el fin de todas las guerras”. El tiempo terminó por desmentir sus palabras. Los países derrotados ni siquiera fueron invitados a las negociaciones. Los tratados de París responsabilizaron a Alemania de todo lo sucedido en la guerra y esta culpabilización fue posible gracias a la pretensión revanchista de los políticos franceses, que se la tenían jurada a los germanos por su pasado compartido. Entre los efectos de este acuerdo se encontraban la pérdida de territorios y colonias, la obligación de reducir su ejército o de ocuparse de las duras reparaciones económicas de la guerra. Todo ello generó una oleada de resentimiento que, entre otras consecuencias, alimentaría el caldo de cultivo necesario para el avance de la política nacionalsocialista en una Alemania en crisis.

Surge la Sociedad de Naciones

Otra de las consecuencias del fin de la guerra fue la configuración de un nuevo mapa internacional, que comenzaba a parecerse mucho al actual. Los vencedores tenían tantos intereses que era imposible llegar a acuerdos que contentasen a todos. Solo los países neutrales, como España, se libraron de las variaciones en sus fronteras. Los imperios derrotados, como el otomano y el austrohúngaro, fueron desmantelados. En paralelo, las reivindicaciones nacionales llegaban desde cualquier lugar del mundo y alimentaban conflictos políticos que se enquistaban.

Fue un tiempo de ebullición nacional como consecuencia de la agenda del presidente Wilson, quien alentó lo que se denominó como “principio de las nacionalidades”: si quería, cada nacionalidad diferenciada debería tener la posibilidad de constituirse en Estado. Los cambios de frontera, especialmente en el centro del continente europeo, generaron la aparición de minorías nacionales dentro de estos nuevos Estados que azuzaron sentimientos nacionalistas y reclamaron su anexión a otros Estados nación en diferentes procesos irrendentistas. No fue fácil manejar este escenario en la posguerra, pero se buscaba que la reconfiguración del mapa político estuviera guiada por el derecho a la autodeterminación y por la creación de un instrumento de cooperación internacional que pudiese mediar en los conflictos y rivalidades futuros. Wilson se equivocó completamente al relacionar democracia y nacionalismo para universalizar a la primera.

Por diversos motivos, la Sociedad de Naciones nació sin la presencia de Alemania, Estados Unidos o la Unión Soviética. La labor de este or-

ganismo fue extremadamente ineficaz en ese complicado contexto. No solo le pasó a España. La mayoría de los países europeos se vieron azotados por graves problemas internos que terminaron en conflictos violentos entre 1917 y 1945. Por ejemplo, la Polonia del dictador Józef Piłsudski, que quiso ganar territorio a costa de la Unión Soviética; la llegada de Kemal Atatürk a Turquía, con el advenimiento de un régimen republicano tras la deposición del sultán; o los problemas en el ámbito colonial, donde comenzaron a sobresalir las tensiones generadas por el conflicto palestino entre judíos y árabes.

Además, durante la década de 1930, la guerra se convirtió en un factor de primer orden en las relaciones internacionales. Inaugurado con la crisis de Manchuria (1931-1933) entre China y Japón, continuó en 1935 con la ocupación de Abisinia por parte de la Italia fascista. La Sociedad de Naciones no logró frenar aquellos conflictos militares que escalaban las tiranteces en diferentes puntos del planeta. Además, Hitler hizo que Alemania abandonase la organización pocos meses después de ser nombrado canciller. Era una prueba más de sus evidentes intenciones expansionistas.

Un nuevo protagonista en la escena internacional

La Revolución de Octubre de 1917 se convirtió en la esperanza revolucionaria en medio mundo. Contra todo pronóstico, el comunismo soviético sobrevivió a continuas crisis y dificultades. Eso sí, las disensiones y oposiciones fueron una constante. Los bolcheviques no perdonaron a sus compañeros de viaje, ya fueran liberales o marxistas. El líder comunista Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, creó un Estado policial en el que apoyarse para dominar un extenso país atravesado por diferencias irresolubles. El conflicto también se produjo entre los propios comunistas, ya que hubo duros enfrentamientos entre diferentes tendencias que terminaron con purgas y asesinatos. Tras la muerte de Lenin, el vacío de liderazgo llevó a una escalada del conflicto interno que puede personificarse en Trostki y Stalin.

Al final, Stalin ganó la disputa, y la violencia fue creciendo en intensidad contra el enemigo interior. Trostki fue asesinado en el exilio mexicano y la mayoría de los líderes revolucionarios terminaron siendo ajusticiados por el régimen que habían ayudado a nacer. La década de 1930 estuvo marcada por las purgas y la consolidación del sistema de gulags. El estalinismo favoreció la destrucción de toda forma de propiedad privada y vida burguesa. Asimismo, estableció una economía proyectada a partir de unos planes quinquenales que estable-

cían los objetivos económicos que se debían cumplir y los medios para lograrlos. Era el cóctel ideal para generar una gran burocratización del Estado. Stalin renunció a la ansiada revolución mundial para lograr la supervivencia de la revolución en Rusia, lo que se asoció con un proceso de rusificación y extensión del patriotismo ruso.

El Partido Comunista se convirtió en un partido de masas en el que no había espacio para la menor crítica, como manifiestan las purgas de 1934 y 1938. En el corazón de este engranaje totalitario se encontraba el culto al líder supremo. De hecho, el país se llenó de retratos públicos (incluso en el espacio privado) con una clara connotación paternalista, aprovechándose de las victorias.



ANÉCDOTA

Como escribió Rafael Alberti en un poema a la muerte del dictador en 1953, Stalin era “padre y maestro y camarada: / quiero llorar, quiero cantar”.

La Unión Soviética era un nuevo protagonista en el tablero internacional y, pronto, se convirtió en el centro de todas las partidas que se libraron en aquel tiempo. En el periodo de entreguerras, ningún régimen político fue derribado por una revolución comunista, pero este hecho no fue un impedimento para que el “peligro rojo” amenazase los conflictos políticos de casi todos los países europeos. Tanto es así que este miedo fue el acicate para que muchas personas de cultura político-liberal se acercaran a posicionamientos más autoritarios en vez de solucionar sus problemas.

Las masas comenzaron a dominarlo todo

Además, en esa época se estaban produciendo cambios económicos y sociales de una magnitud no conocida hasta ese momento. Fue el tiempo de la aparición de la sociedad de consumo, con su correlato publicitario, la explosión de los medios de comunicación, los medios de transporte, un proceso de urbanización con nuevas metrópolis y el renovado interés por un estilo de vida urbano, y del paso de una sociedad agrícola a una industrial en gran parte de Europa. Todo ello no hubiera sido posible sin los avances tecnológicos respaldados por la industrialización.



EN SUS
PALABRAS

Este contexto también generó una mentalidad elitista contraria a lo que se consideraban las “zafias masas”. Como recordarás, José Orte-

ga y Gasset hablaba de la rebelión de las masas en unos artículos que comenzó a publicar en el diario *El Sol* en 1929. Las masas lo dominaban todo. Como señalaba el filósofo español: “Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Ese hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social”.

Este fenómeno determinó la evolución política y el funcionamiento de los Estados en la primera mitad del siglo xx: se producía así la irrupción de un nuevo tipo de sociedad. Amplias capas sociales, con nuevos derechos políticos y sociales adquiridos —como la generalización del sufragio universal masculino— accedieron con fuerza a la vida pública. Los sistemas políticos tuvieron que encauzar estas reclamaciones políticas y sindicales. Muchos de ellos no lo consiguieron o lo hicieron a duras penas. Hubo entonces un regreso a teorías que reconsideraban el papel de las élites como contrafuego al ascenso de las aspiraciones políticas de las masas.

El problema de la democracia

En Europa, la gran mayoría de los países sufrió una crisis en su régimen parlamentarista, que comenzaba a ser deslegitimado desde diversas posiciones. En Francia, Portugal o Alemania hubo periodos con más de un Gobierno al año. Los viejos partidos sufrían cada vez más electoralmente, mientras los nuevos iban avanzando en número de militantes y votantes. Hasta la fecha, habían sido parlamentos de una élite, donde las multitudes obreras industriales y los campesinos quedaban al margen, pero con la emergente sociedad de masas no podía ser así. De esta forma, los regímenes democráticos miraban de reojo y con miedo a ese peligro que entendían que era el nuevo poder soviético, porque consideraban que podía socavar la sociedad burguesa y el sistema capitalista.

Asimismo, se iban canalizando nuevos modos de movilizar políticamente y se afianzaban otro tipo de prácticas que se alejaban de las vías no parlamentarias para solventar los problemas. De este modo, se reforzó el papel de los sindicatos entre las fuerzas de izquierdas o las posturas corporativistas entre los conservadores. Este proceso favoreció el peso y la popularidad que alcanzaban las ligas de intereses y patronales o los sindicatos de clase. Se impulsaba así una movilización de masas en la que grupos concretos reclamaban sus derechos en una época de esplendor y diversidad en el repertorio de la protesta, que en algunos casos llevaba aparejada la violencia. La democracia estaba tensionada por la tentación del autoritarismo en la derecha y

por las ansias revolucionarias en la izquierda. En el fondo, esta época estuvo dominada por una débil cultura democrática y por la desconfianza hacia cualquier procedimiento parlamentario, que se consideraba corrupto e ineficaz.

Para concluir la descripción de este paisaje repleto de problemas y tensiones, en sus mítines y declaraciones los políticos nacionales no dejaron de utilizar el lenguaje bélico y agresivo. Se usaban, como ya se ha señalado, las palabras como puños. Lejos de los consensos, las democracias generaron dinámicas de división, inestabilidad parlamentaria y deslegitimación cotidiana —cuando no la deshumanización— del adversario político. Era otro de los signos de una época “mezquina y deshonesta”, tal y como la definió el poeta británico y voluntario en la Guerra Civil española W. H. Auden. La simbología militar estaba por todas partes. Tanto es así que puede decirse que la política partidista se convirtió en la guerra por otros medios dentro de un proceso que algunos historiadores han caracterizado como la “brutalización” de la política. No es extraño que en este periodo Carl Schmitt estableciera que “la distinción política primaria es la de amigo y enemigo” (*El concepto de lo político*, 1932). Las sociedades europeas que no estaban en guerra civil se encontraban al borde de la fractura y en un contexto de depresión económica.

Una economía a la deriva

La economía tampoco ayudaba. La *belle époque* no fue más que un espejismo cargado de euforia y confianza ciega. Aquellos “felices años veinte” se pudieron disfrutar en Estados Unidos, que pudo recuperarse mejor de los esfuerzos de la guerra. En el continente europeo, la recuperación económica no se consiguió hasta mediados de esa década. La economía de guerra debía recomponerse para otro tipo de tiempo, los mercados estaban desarticulados y los países tuvieron que hacer un esfuerzo descomunal con un capital que no tenían. Quienes más sufrieron este contexto fueron los alemanes, que tenían que pagar desorbitadas reparaciones de guerra.



Pero en 1929 estalló la crisis en Estados Unidos. Se vivía entonces un periodo de optimismo que se desmoronó como consecuencia de la Gran Depresión desatada por el crac de la Bolsa neoyorquina en octubre de ese año. Fue tan aplastante como inesperada. Estados Unidos se había convertido en el modelo al que miraban los otros países y, además, era el principal proveedor mundial de mercancías y, sobre todo, de capital. Por ello, la crisis se extendió al resto del mundo. El desempleo se desbocó, generando incertidumbre y peligro, pues la

crisis afectó más a los países industrializados. Alemania, por ejemplo, vivió el desplome de su producción industrial en un 46 por ciento y el crecimiento del paro en seis millones de personas. Fue el país que más sufrió las consecuencias económicas de la crisis, lo que también tuvo un enorme impacto en su evolución política.

Pero nadie se salvó de las dificultades. La crisis llevó a recurrir a medidas proteccionistas y al fortalecimiento del Estado en materia económica, gracias a las ideas del economista británico John M. Keynes. El programa norteamericano del New Deal de Franklin D. Roosevelt fue, en parte, una puesta en marcha de estos planteamientos con una mayor inversión en obras públicas y en la asistencia social del Estado. En cualquier caso, la depresión terminó por ahondar en las divisiones políticas y sociales en todo el mundo.

Irrumpen los fascismos

Tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán no se pueden entender sin la Primera Guerra Mundial. Los fascismos quisieron hacerse con el poder para generar un renacimiento nacional o étnico que frenase la crisis de civilización, que consideraban que se estaba produciendo en sus países. Además, se aprovecharon de la crisis política para acceder al Gobierno: el fascismo italiano lo consiguió en 1922 y el nazismo, en 1933. En no pocos casos, ambas experiencias resultaron atractivas para jóvenes intelectuales y políticos en otros países del continente, que veían en el fascismo posturas respetables y asumibles. Su avance se asentó en el recurso habitual de la agitación y la violencia callejera, llegando a movilizar a sus militantes con un estilo claramente paramilitar.

Frente al comunismo soviético, los fascismos buscaban hacer realidad el lema hitleriano de “un Pueblo, un Estado, un Jefe”. La clave se encontraba en una lectura supremacista de la realidad, que tenía su ramificación más trágica en el antisemitismo: las conquistas de los “espacios vitales” de cada nación, la generación de una comunidad de sangre homogénea, un Estado centralizado que controlara las decisiones económicas o la importancia de un líder carismático encargado de alcanzar el destino final de sus pueblos. Poco a poco, la confrontación se fue agrandando a nivel global entre los fascismos y el comunismo. En todo caso, Europa ya no era sinónimo de democracia y libertades. Entre 1920 y 1940 se establecieron dictaduras de diversa tipología en, al menos, trece países. En octubre de 1936, el pacto que cerraron Hitler y Mussolini creó un eje entre Roma y Berlín, al

que poco después se sumaría el Imperio japonés, para la construcción de un nuevo orden mundial frente a la Unión Soviética.

ENTREVISTAS CON EL DIABLO

Los catalanes Eugeni Xammar y Josep Pla fueron dos de los más importantes periodistas de la España del momento. En el periodo de entreguerras, se convirtieron en reconocidos corresponsales internacionales para periódicos de Madrid y Barcelona. Ambos entrevistaron a Hitler semanas después de su *putsch* de la cervecería de Múnich, un fallido intento de golpe de Estado que le llevó a la cárcel a finales de 1923. La entrevista de Xammar se publicó el 24 de noviembre en *La Veu de Catalunya* y la de Pla, cuatro días después en *La Publicitat*.

Curiosamente, sobre los dos se ha deslizado la duda de que se pudieron haber inventado sendas entrevistas. No son más que conjeturas difíciles de demostrar. Quédate con algunas de las frases del artículo de Xammar titulado “Adolf Hitler o la tontería desencadenada” porque nos permite comprender cómo se veía a Hitler en aquellos días: “En cuanto a la descripción del personaje, ya hemos tenido ocasión de hacerla en estas mismas columnas. Es verdad que entonces no habíamos visto de Hitler más que un retrato; ahora que lo hemos tenido delante, no sabríamos añadir ni una sola palabra a lo que ya dijimos. Entre la fotografía y el hombre, equivalencia absoluta. Se ve enseguida que Hitler es uno de esos hombres que han venido al mundo expresamente para hacerse retratar”. Al inicio del texto, el corresponsal lo había presentado como “un necio cargado de empuje, de vitalidad, de energía: un necio sin medida ni freno. Un necio monumental, magnífico y destinado a hacer una carrera brillantísima”.